



PEDRO RIERA

# HOMBRE LOBO

LA FURIA

A large crowd of people is shown at night, holding up numerous lit torches. The scene is dark, with the primary light source being the bright, flickering flames of the torches, creating a dramatic and intense atmosphere.

edebé

# LA FURIA

PEDRO RIERA

# HOMBRE LOBO

LA FURIA

**edebé**

© Pedro Riera, 2012

© EDEBÉ, 2012  
Paseo de San Juan Bosco, 62  
08017 Barcelona  
www.edebe.com

*Diseño de cubierta:* Francesc Sala

Primera edición, octubre 2012

ISBN 978-84-683-0704-6  
Depósito Legal: B. 8633-2012  
Impreso en España  
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Para Ali.*

# 1

Alba no sólo se había repuesto de la enorme decepción que supuso descubrir que se había pasado más de un año enamorada de un imbécil como el Furtivo, sino que había superado su expulsión de Las Ladronas de Cuerpos y el profundo dolor que le causó la carta que Leo Bataglio les dejó a ella y su madre antes de fugarse de la cárcel y en la que, en pocas palabras, les decía que las odiaba y que era un placer perderlas de vista para siempre. Alba había pasado largo tiempo lamiéndose las heridas, pero se había vuelto a poner en pie y había emprendido nuevos proyectos con su habitual energía e ilusión. Y ahora, por primera vez en meses, se sentía atraída por alguien, un estudiante de periodismo que la había contactado a través de su *blog*.

Olvidar al Furtivo no había sido tarea fácil.

El día que el Furtivo la visitó para decirle que era un hombre lobo, se puso tan furiosa que se pasó la tarde encerrada en su habitación insultándole en voz alta. No conseguía entender qué placer podía sacar de burlarse de ella de esa forma. Le parecía

demasiado cruel y gratuito. Y durante los siguientes días, el recuerdo de su visita la siguió asaltando en el momento más inesperado, poniéndola de muy mal humor.

No contempló la posibilidad de que el Furtivo fuera realmente un hombre lobo hasta un par de semanas más tarde. Una noche en la que no conseguía conciliar el sueño y no paraba de dar vueltas en la cama, se preguntó qué pasaría si el Furtivo fuese de verdad un licántropo y, al hacerlo, comprobó estupefacta que esa hipótesis, por absurda que fuera, despejaba la mayoría de las incógnitas que habían quedado sin aclarar de la enrevesada historia en la que se había visto envuelta durante el último año.

A Alba siempre le había parecido muy extraño que su padre confundiera al Furtivo con un lobo. Cuando le disparó, los focos del jardín estaban encendidos, y él tenía muy buena vista. Aun así había abierto fuego cuatro veces contra él. Un psicólogo había atribuido su conducta a un episodio de enajenación. Pero ¿y si ése no era el verdadero motivo? ¿Y si del bosque había surgido realmente una fiera? Eso explicaría los rugidos que ella había oído desde su habitación y, más importante, aclararía por qué el Furtivo no había gritado cuando su padre le había atacado. Si ella se hubiera encontrado en una situación parecida, se habría puesto a chillar como una loca para alertar a quien le estuviera disparando de que estaba cometiendo un error. Y en caso de que el pánico la hubiera dejado muda al principio, como mínimo, habría gritado de dolor cuando las balas la alcanzaban. Al pensar en ello, recordó que tras el

primer tiro había sonado el gañido de una bestia, y sintió que se le helaba la sangre en las venas.

Se incorporó en la cama, confundida. A pesar de que aquel lamento sonaba nítido en su cabeza, trató de convencerse de que su memoria le estaba jugando una mala pasada. Habían transcurrido muchos meses desde la noche en cuestión. Alcanzó el despertador de la mesilla de noche. Eran las dos de la madrugada. Supuso que el cansancio estaba afectando a su entendimiento y bajó a la cocina. Tras beberse un vaso de leche se sintió más despejada, pero no más tranquila.

Las piezas del puzle seguían encajando y su desconcierto iba en aumento.

Que el Furtivo fuera un licántropo explicaba por qué había desaparecido sin dejar ni rastro. Ella hubiera hecho lo mismo si un cazador de hombres lobo hubiera descubierto su secreto. Y también explicaba cómo había conseguido entrar en los Bersekir. Los Bersekir eran una secta muy hermética que sólo aceptaba a tipos con un pasado extremadamente violento, a delincuentes consumados, y sólo después de hacerles superar muchas pruebas. En principio, era inconcebible que le hubieran admitido. Pero los Bersekir también eran adoradores de los hombres lobo. Y si el Furtivo era realmente un licántropo, como él aseguraba, era lógico, no sólo que le admitieran, sino que le respetaran y tuviera la suficiente ascendencia sobre ellos como para evitar que mataran a Erik de una paliza.

Alba vació el resto de la botella de leche en su vaso con manos temblorosas y derramó parte sobre la mesa. Durante unos minutos llegó a estar conven-



cida de que el Furtivo era un hombre lobo y, aunque la idea le aterraba, se sentía más enamorada de él que nunca. La excusa que le había dado de que su vida era muy complicada y que no se había creído con el derecho de arrastrarla a una existencia tan penosa dejó de irritarla y le pareció, no sólo lógica, sino también muy bonita. Y le emocionó profundamente aquel complicado número que había montado en el hospital para librarse de ella. Creía con todo su corazón que el Furtivo había sacrificado su felicidad por la de ella. Y ese sacrificio le pareció la más hermosa prueba de amor que nadie le pudiera dar.

Sin embargo, el encantamiento duró poco.

De pronto, Alba cayó en la cuenta de algo que desbarataba de plano aquella hipótesis. Si el Furtivo hubiera sido realmente un licántropo, nunca se habría asociado con su padre para matar a un hombre lobo. Y ella había sido testigo de hasta qué punto se había volcado su amigo en aquella empresa. A Alba todavía le dolía el comportamiento del Furtivo el día que entraron en la casa de su abuelo, en Castañares, para buscar las páginas que habían desaparecido del diario de Mauricio Carrasco. Después de que aquel misterioso hombre la atacara y la encerrara en el armario, habían encontrado un mapa en el que estaban marcadas unas cuevas. El Furtivo dedujo que ahí se escondía el hombre lobo y, temiendo que se le escapara si no actuaba con celeridad, le pidió el móvil a Alba para ponerse de acuerdo con su padre. Alba se negó a darle el teléfono. Entonces, el Furtivo la amenazó con quitárselo por la fuerza. Alba, dolido, le dejó elegir entre el móvil y su amistad. Y él no dudó ni un instante en coger el teléfono. Sí, estaba claro

que el Furtivo no era un licántropo. Todo lo más era un imbécil. Y si no era un imbécil, es que estaba completamente loco. Lo que era incluso peor. Alba limpió con un trapo la leche que había derramado, tiró la botella vacía a la basura y se fue a la cama.

Durante las siguientes semanas, se sorprendió a sí misma pensando a menudo en el Furtivo, abatida. Lo echaba de menos, pero el desengaño amoroso se fue haciendo más soportable.

En verano, Alba se encontró con mucho tiempo libre y la necesidad de hallar una actividad que la mantuviera ocupada, así que puso en marcha su *blog*. La idea de tener un *blog* ya le rondaba la cabeza antes de que la mandaran a vivir a Castañares con su padre, pero, debido a las vicisitudes de su vida, había tenido que ir aplazando el proyecto. Su idea era crear una especie de foro para discutir de música y, al mismo tiempo, tener un espacio donde ella pudiera reflexionar sobre cuestiones cotidianas.

El *blog* de Alba se convirtió en un éxito de visitas a los pocos días de iniciarlo, a finales de julio, aunque no por el motivo que a ella le hubiera gustado. Lo llamó *Morticia, la ladrona de cuerpas* para atraer a los antiguos seguidores de su grupo. Sin embargo, no tardó en descubrir que *Morticia* era mucho más conocida por ser la hija de Leo Bataglio que por ser la cantante de un grupo de música siniestra. Desde el principio recibió decenas de visitas de admiradores de su padre que opinaban sobre todo tipo de temas relacionados con la licantropía.

Alba supuso que sería un fenómeno pasajero. Confiaba en que se hartarían de escribirle cuando vieran que en su *blog* sólo publicaba noticias de música y que no contestaba a ninguno de los comentarios sobre hombres lobos. Pero no fue así. Aquellos tipos no la necesitaban para nada. Se respondían unos a otros y, día a día, atraían a nuevos internautas. Alba se vio tan superada que se planteó bloquear los comentarios. Al final, sin embargo, encontró una solución mejor. Abrió una página secundaria en el *blog* dedicada a la licantropía y desvió a todos aquellos chalados hacia allí. En un arranque de cinismo, la llamó *La cruzada inconclusa de Leo Bataglio*.

Alba no tenía ninguna intención de hacer un seguimiento de lo que allí se debatía, así que se buscó un moderador para que se ocupara de ello. Uno de los más activos entre los admiradores de su padre era un viejo conocido: Nico Noctámbulo. Meses atrás, cuando Alba estaba desesperada por localizar al Furtivo, había mandado una foto de él por correo electrónico a todos sus amigos y conocidos, pidiendo que la reenviaran a su vez y la avisaran inmediatamente si alguien sabía dónde estaba. Nico Noctámbulo fue el único que contestó. Le dijo que Eduardo iba a su instituto. Alba fue un mediodía a comprobarlo con Erik. Se plantaron frente a la puerta y esperaron a que salieran todos los alumnos. Eduardo no apareció y el tal Nico Noctámbulo resultó ser un colgado. Se presentó con un póster hecho jirones de Las Ladronas de Cuerpos para que se lo firmara.

Alba sospechaba que Nico Noctámbulo no estaba

bien de la cabeza. Aun así lo eligió como moderador. El resto de los seguidores de su padre tampoco parecían estar mucho más cuerdos que él. Para todos ellos, Leo Bataglio era un héroe. La espectacularidad de su fuga y la incapacidad de la policía de apresarle alimentaban su leyenda. La mayoría daba crédito al rumor de que se le había visto en los Alpes italianos, y auguraban que haría una reaparición estelar, eliminando a algún «perro rabioso», como se había puesto de moda llamar a los hombres lobo en la red.

Durante las dos primeras semanas, Alba estuvo vigilando a Nico Noctámbulo y quedó muy satisfecha con él. Ejercía de moderador con mucho celo. No permitía insultos personales y expulsaba de inmediato a los graciosos que sólo entraban en la página para reventar las discusiones. Alba comprendió que había sido un acierto elegirlo y se desentendió del asunto.

Por fin se podía dedicar a solucionar su otro problema.

Algunos de sus seguidores se habían interesado por su *blog* al principio y luego habían dejado de visitarlo, sobre todo por culpa de la avalancha de comentarios sobre licantropía, pero también por la machacona insistencia de una docena de internautas que aseguraban que el *blog* de Morticia era una copia de *¿Qué música escuchan las vampiresas en la cama?*, ni más ni menos que el *blog* de Graciela.

Graciela y Alba habían arrancado su *blog* con una semana de diferencia. Ambos tenían un apartado principal dedicado a la música y había llamativas semejanzas entre ellos, tanto a nivel estético como de contenidos. No era casual. Cuando las dos chicas

seguían en Las Ladronas de Cuerpos y todavía confiaban en poder arreglar las diferencias entre ellas, decidieron compartir un *blog* que quedaría integrado en la página web del grupo. Como Graciela estaba muy ocupada ejerciendo de mánager, Alba asumió la responsabilidad de crear el *blog*. El proyecto estaba muy avanzado cuando se pelearon definitivamente y Alba fue expulsada del grupo. Las Ladronas de Cuerpos se disolvieron tan sólo tres semanas más tarde. Graciela decidió entonces crear su *blog* y se apropió de las ideas de Alba. El azar quiso que el estreno de ambos *blogs* coincidiera en el tiempo. Graciela, consciente de que la mejor defensa es un buen ataque, montó una campaña de desprestigio contra Alba. A través de diferentes *nicks* que se creó, bombardeaba a diario el *blog* de Alba con mensajes en los que la acusaba de plagio. La táctica surtió efecto y le robó a muchos de sus seguidores.

Alba no había presentado batalla todavía porque antes quería poner orden en su propio *blog*. Pero ya tenía el arma con la que machacar a Graciela.

Desde hacía un par de años, Alba se mantenía al tanto de las novedades sobre música siniestra a través de una docena de *blogs* extranjeros. Todos eran muy serios y profesionales. Cuando se planteó crear un *blog*, los tomó como modelo, y enseguida se dio cuenta de que nunca podría ofrecer la calidad que ellos tenían. Alba no sabía tanto de música y no estaba dispuesta a dedicarse en cuerpo y alma al tema. Así que cambió de planteamiento. Decidió que su *blog* serviría para recopilar las noticias y las críticas más interesantes que encontrara en la red. Las traduciría e incluiría un enlace para todos aquellos

que quisieran leer el artículo en el idioma original. De paso, ayudaría a dar a conocer aquellos excelentes *blogs*. Ésa era una de las ideas que le había robado Graciela, aunque con una llamativa diferencia. Graciela visitaba regularmente aquellos *blogs*, elegía los artículos que más le gustaban y los traducía, pero se olvidaba de mencionar que no eran suyos. De hecho, intercalaba algunos comentarios personales en el texto, para que pareciera que los había escrito ella. Alba sabía que sería un juego de niños desmascararla. Su único miedo era que alguien se le adelantara y le arrebatara el placer de ponerla en evidencia.

El mismo día en que Alba se libró por fin de todos los admiradores de su padre, no sólo nadie había averiguado que Graciela era un fraude, sino que *¿Qué música escuchan las vampiresas en la cama?* apareció en una lista de los diez mejores *blogs* de música en el suplemento de tendencias de un periódico. Alba lo tomó como un guiño del destino. Ahora que Graciela empezaba a saborear el éxito, era el momento ideal para aplastarla. Esa misma tarde abrió una sección en su *blog* a la que llamó: *¿De dónde fusilan las vampiresas sus artículos antes de meterse en la cama?* En ella, junto a uno de los artículos firmados por Graciela, colocó el original que había traducido y marcó en amarillo las pocas frases que ella había aportado. Al destacarlas, las sacaba de contexto, y resaltaba todo lo que tenían de pomposo y ridículo. Inmediatamente, mandó el enlace a todos sus conocidos y por supuesto lo fue dejando cada media hora en los comentarios del *blog* de Graciela.

Alba tuvo que publicar en la sección siete de los

artículos copiados, antes de que Graciela admitiera públicamente que ella no los había escrito, aunque aseguró que no se trataba de un plagio, sino de un recurso literario. Graciela se había creado un personaje para el *blog*, una vampiresa que se llamaba Melinda, y que ella misma encarnaba. Se hacía fotografías a sí misma disfrazada de vampiresa en decorados góticos y cementerios, siempre semidesnuda. Todas las escenas tenían un destacado componente erótico y, con ella, a menudo posaban otras chicas, también semidesnudas, que hacían el papel de víctimas. Esa Melinda, la vampiresa, era la que firmaba los artículos. Graciela aseguraba que Melinda habitaba en un castillo de fríos pasillos y húmedas mazmorras, rodeado de pantanos y bosques siniestros infestados de lobos, en un mundo de fantasía gótica en el que no existía Internet. Por ello no había citado las fuentes de los artículos, ya que, de haberlo hecho, habría roto toda la magia del personaje y de su mundo. Aseguraba que a nadie le hubiera gustado imaginarse a Melinda sentada al teclado de un ordenador.

Aquel pequeño escándalo apenas hizo bajar un quince por ciento el número de visitas que tenía el *blog* de Graciela, ya que el grueso de sus asiduos eran tíos que se ponían salidos con las fotos y los insinuantes comentarios que hacía Melinda sobre sus solitarias noches en el castillo, y a los que les importaba poco o nada la música. Pero le sirvió a Alba para recuperar a la mayoría de sus seguidores y sobre todo para dejarle bien claro a Graciela que, si se atrevía a inmiscuirse de nuevo en su vida, la haría pedazos.

A mediados de septiembre, *Morticia, la ladrona de cuerpos* ya se había convertido en el *blog* que Alba había soñado: en un foro donde la gente charlaba libremente sobre música, y ella se limitaba a destacar algún artículo o entrevista interesante que hubiera encontrado en la red. Fue entonces cuando se puso a trabajar en una nueva sección del *blog* más personal, a la que llamó *Instantáneas*, y en la que trataba cuestiones cotidianas, desde comentar alguna escena curiosa que hubiera presenciado por la calle a hacer reflexiones más profundas y vitales, que, en general, acompañaba de fotografías que ella misma sacaba con la cámara digital que cargaba a todas partes.

Allí fue donde se prendó de Humo.



## 2

La pesadilla se estuvo repitiendo todo el verano con pocas variantes.

Eduardo huía por un bosque muerto, y tan frondoso y enmarañado que las ramas de los árboles y los arbustos secos dificultaban enormemente su avance, lacerándole brazos y piernas. Pese a las dificultades y el dolor, él seguía adelante, paso a paso, obstinado, hundiendo sus pies en un mantillo putrefacto y hediondo. Se dirigía hacia una zona en la que se intuía cierta claridad, y donde suponía que encontraría la salida de aquel tétrico paraje. Una corriente de aire helado le golpeaba en la espalda. Por encima de su cabeza, la voz de su tía Sara le advertía de que escapar no servía de nada, ya que aquel bosque crecía en el interior de su corazón y lo llevaría consigo allí donde fuera.

Lejos de convencerle, las palabras de Sara le incitaban a seguir adelante con renovado empeño.

Por fin, tras mucho esfuerzo, Eduardo conseguía alcanzar la linde del bosque. Al apartar las últimas ramas, se abrió ante sí un hermosísimo paisaje de

verdes prados, iluminado por un sol resplandeciente y cálido. La intensa fragancia de las flores cubría de pronto el olor a podredumbre que le había acompañado hasta entonces. Eduardo se llenaba los pulmones de aquel aire dulce con enorme alivio.

A lo lejos, en lo alto de un pequeño promontorio, divisaba entonces la figura de una chica, y aunque era diminuta, él sabía que era Alba. Sin pensárselo, salía corriendo a su encuentro, pero el suelo cedía, blando, bajo sus pies, impidiéndole avanzar a un ritmo normal. Al bajar la vista, descubría que cada vez que pisaba la hierba, ésta se marchitaba rápidamente y el terreno se cubría de gusanos negros que se retorcían frenéticos a medida que él los aplastaba.

Al frente, Alba agitaba la mano desde lo alto del promontorio y le rogaba que no se detuviera. Eduardo seguía adelante, a pesar de que sus pies se hundían más y más en aquel manto de gusanos.

Por fin llegaba hasta Alba, jadeante y agotado. Ella le miraba con expresión de enorme tristeza desde lo alto del pequeño promontorio.

—¿Por qué lo has hecho? —le preguntaba—. ¿Por qué has destrozado el prado? ¿No te gustaba?

Eduardo miraba entonces a su alrededor y descubría que hasta donde alcanzaba la vista, todo estaba cubierto de gusanos negros. Lo único que quedaba de hierba era el pequeño promontorio sobre el que se erguía Alba.

—Lo siento —decía él—. Yo no sabía... Sólo quería estar contigo.

—Estás aquí y eso es lo que importa.

Mientras hablaban, Eduardo se iba hundiendo en

el manto de gusanos que tiraba de él como si de arenas movedizas se tratara. Ya le cubría hasta mitad del muslo. Alba le tendía la mano y Eduardo se agarraba a ella. Recurriendo a todas sus fuerzas, conseguía subirse al promontorio y se quedaba mirando a Alba, que se había puesto muy pálida.

—¿Estás bien? —preguntaba él, preocupado.

Alba asentía y trataba de sonreír, sujetando su mano, pero su mirada estaba llena de angustia y apretaba los labios como si tratara de retener algo en el interior de su boca. Poco a poco, entre sus labios cerrados empezaba a asomar una materia viscosa y negra, parecida al petróleo. Alba daba un respingo y adoptaba una mueca de intenso dolor. De su pecho brotaban unas diminutas ramas negras y secas. Eduardo comprendía que era él quien le provocaba aquello con su simple contacto, y quería soltarla, pero ella se aferraba a su mano y sus ojos le decían con inmenso amor que ahora que le había recuperado no le iba a dejar escapar. Eduardo trataba de soltarse, pero ella le retenía con demasiada fuerza. Entonces sonaba la detonación de un disparo. Eduardo notaba cómo algunos perdigones le horadaban la mejilla. El grueso del impacto había alcanzado a Alba en la espalda. La chica le lanzaba una última sonrisa antes de desplomarse al suelo, muerta. Detrás de ella, aparecía Leo Bataglio, con la escopeta aún humeante. Leo Bataglio miraba hacia el cuerpo exánime de su hija, negaba con la cabeza con evidente desprecio y, tras darle la espalda a Eduardo, se alejaba.

—¿Y yo? —le gritaba Eduardo—. ¿A mí no me matas?

Leo Bataglio se volvía hacia él, sonriente.

—¿Y acabar con tu sufrimiento? No. Ni lo sueñes.

Eduardo se despertaba con las carcajadas de Leo Bataglio resonando todavía en su cabeza.

Nada más subir al avión en Tokio, Alberto avisó a la azafata de primera que tenía la intención de dormir la mayor parte del viaje y le rogó que no le despertara bajo ningún concepto. Pidió un vaso de agua, se tomó un somnífero, se descalzó y se cubrió con una manta. Su estancia en Japón había acabado fatal y no sabía qué le depararía la vuelta a casa, pero fuera lo que fuera, le convenía estar descansado para poder afrontarlo en condiciones. Se durmió cuando el avión todavía hacía cola junto a la pista principal para despegar.

Después de matar a Jacob Hofer y acabar con los Bersekir, Alberto pasó unas semanas pletórico. Había derrotado a una de las sectas más temidas y violentas del país, y lo había hecho solo, sin ayuda de nadie. La única pega era que aquellos matones que le habían faltado al respeto y le habían tratado con tanto desprecio no supieran que él era el causante de su desgracia. La tentación de ir a visitar a Manuel a prisión para decirle que él había entregado a la policía las pruebas que habían permitido

encerrarlos a todos era enorme. Sabía que de esa forma haría su reclusión aún más miserable. Sin embargo, supo contenerse. Era demasiado peligroso. Seguro que Manuel tenía amigos fuera de prisión dispuestos a vengarse por él. Y no debía olvidar que la genialidad de su plan radicaba precisamente en que nadie sospechara jamás que él los había delatado.

Decidió desaparecer durante un tiempo y, de paso, cumplir un viejo sueño que nunca creyó que llegaría a realizar: un viaje gastronómico por los restaurantes más selectos del mundo. El dinero había dejado de ser un problema para él. En una de las cajas fuertes de Jacob había encontrado un maletín con una fortuna en metálico, más que suficiente para vivir el resto de su vida rodeado de lujos.

Durante unos meses llegó a creer que por fin había encontrado el equilibrio que le permitiría ser feliz. Su existencia era fácil y placentera, sin tensiones, y los ataques de ansiedad pertenecían al pasado. Vivía en suites de hoteles de cinco estrellas y no se privaba de nada. Cada mes, le mandaba a una agencia de viajes la lista de los restaurantes que quería probar y ellos se ocupaban de organizarlo todo. Para tener tiempo de aclimatarse, llegaba a cada ciudad tres o cuatro días antes de la noche en que le habían conseguido reserva en el restaurante de turno. Mientras esperaba, hacía turismo, visitaba los mercados, salía de excursión a algún parque natural cercano, iba a pescar o a hacer submarinismo, lo que más le apeteciera de entre las actividades de ocio que le proponían. Las noches que se sentía animado, salía a los locales más exclusivos de la

ciudad, donde era bien recibido, y donde siempre encontraba a alguna mujer joven y guapa interesada en él.

Una vez por semana, se cocinaba su propia cena en el hotel. Era una de las condiciones que imponía la agencia de viajes a la hora de reservarle una suite y por la que Alberto pagaba un generoso extra. Los chefs aceptaban de mala gana la intromisión de aquel excéntrico cliente en sus dominios, pero en cuanto Alberto empezaba a combinar los ingredientes con manos expertas, sentían curiosidad y se interesaban por la receta. Uno, incluso, acabó incorporando el plato al menú del hotel.

El día de la gran cena, Alberto se levantaba tarde, se tomaba un café junto a la piscina y pasaba un par de horas en el gimnasio o nadando. Comía algo ligero y dormía una siesta. Luego iba a dar un paseo por la ciudad para ir abriendo el apetito. Al atardecer, volvía al hotel, se daba una ducha, se afeitaba, se ponía su mejor traje y acudía al famoso restaurante por el que había viajado hasta allí. Antes de entrar, ya había estudiado la carta con mucha atención y sabía lo que iba a pedir y con qué vino iba a acompañar cada plato. Aquel vino era el único alcohol que consumía, y nunca abusaba. Cenaba solo, para paladear los platos sin distracciones. Alargaba las sobremesas hasta que la cocina cerraba y pedía felicitar al chef en persona. La mayoría de las veces conseguía que se sentara a su mesa, y se quedaba charlando con él hasta entrada la madrugada.

Al salir del restaurante, si el hotel no estaba demasiado lejos, volvía dando un paseo por las calles semidesiertas. En esos momentos de extrema placi-

dez, le gustaba recordar que Manuel se estaba pudriendo en una celda mugrienta y se sentía el hombre más feliz del mundo.

Las cosas se estropearon de golpe en Tokio.

Alberto despertó violentamente de un sueño que había durado medio año.

Una chica con la que había pasado la noche en su hotel desapareció mientras él se daba una ducha, robándole el reloj. En principio, el suceso no revestía demasiada gravedad. No era la primera vez que le ocurría algo parecido y nunca se lo había tomado a la tremenda. Con la cantidad de desconocidas que se había llevado a su habitación en los últimos tiempos, lo raro era que no le hubiera sucedido antes. Pero, precisamente, Alberto se había encaprichado de aquella chica. Había sentido que existía una conexión especial con ella e iba a pedirle que pasaran el día juntos. El robo le cogió totalmente por sorpresa y le hizo ser consciente de la profunda soledad en que vivía.

Alberto sabía que su asombroso éxito con las mujeres y la simpatía que despertaba allí donde fuera eran, en gran medida, consecuencia de la ostentación que hacía de su riqueza, de la forma despreocupada con la que repartía dinero a diestro y siniestro. Pero también creía que había momentos en los que recibía cariño auténtico, en los que conseguía seducir con su personalidad y su sentido del humor. Aquel robo le hizo comprender que no era así. Lo único que veía la gente en él era una cartera llena de billetes. Seguramente, hasta los chefs de aquellos restaurantes se sentaban a su mesa por obligación. El descubrimiento le hizo perder pie.



Se pasó el día encerrado en su habitación, bebiéndose un whisky tras otro. Ya de madrugada, le llamaron de recepción para pedirle que bajara el volumen de la televisión. Un cliente se había quejado de que no podía dormir. Alberto reaccionó con furia y estampó el teléfono contra la pared. No contento con ello, empezó a destrozar el mobiliario de la habitación. Le detuvieron y pasó el resto de la noche en un calabozo. El asunto, sin embargo, no llegó a los tribunales. En cuanto pagó los destrozos, el hotel retiró la denuncia.

Al día siguiente, Alberto cogió un avión de vuelta a casa.

Necesitaba a su familia más que nunca.

Sabía que aliarse con Jacob para traicionar a su hermano había sido un acto muy mezquino que difícilmente se podía perdonar. Aun así tenía esperanzas de que le acogieran. Nadie podía negarle que había rectificado a tiempo. Gracias a su intervención, Mauricio seguía vivo y Eduardo no había caído en las redes de los Bersekir. Y para salvarles había asumido muchos riesgos. Si su plan hubiera fallado, ahora estaría muerto. Alberto tampoco había olvidado el gesto de agradecimiento que le había hecho su hermano a través de las cámaras de seguridad de la mansión de Jacob, cuando él le había liberado. Quizás, en ese momento, Mauricio ya había empezado a perdonarle y, ahora, pasados unos meses, estuviera dispuesto a darle otra oportunidad. Rezaba para que así fuera. Sin su familia, no tardaría en caer en una depresión.

Al llegar a la ciudad, fue directo a la casa grande, pero se encontró con que ya no existía. La habían derruido. Un gran cartel anunciaba que en el solar se iba a edificar un bloque de viviendas protegidas. Alberto había pecado de ingenuo al creer que su hermano seguiría allí. Librarse de la casa era una medida de seguridad necesaria, ya que los Bersekir conocían su ubicación y todavía no se sabía nada de la suerte que había corrido Leo Bataglio.

Sacó el móvil y llamó a Mauricio. Hubiera preferido tratar el asunto cara a cara con él, pero a estas alturas, no tenía otra opción. Una voz le informó de que no existía ningún abonado con ese número. Alberto notó que se le espesaba la saliva. ¿Era aquella una medida más de seguridad contra los Bersekir o una manera de cortar todo contacto con él? Sólo había una forma de salir de dudas: hablar con Sara. Sabía que su hermana no le pondría las cosas fáciles. La relación con ella llevaba años siendo pésima. Respiró hondo y marcó su número. Sara tenía el teléfono apagado o fuera de cobertura.

Alberto siguió insistiendo, a intervalos de media hora, cada vez más ansioso, hasta que a eso de las cinco por fin le contestó.

—Sabía que acabarías por llamar —dijo Sara, cínica—. Aunque reconozco que esperaba que lo hicieras mucho antes. ¿Cuánto has aguantado esta vez? ¿Cuatro? ¿Cinco meses?

—No quiero pelear, Sara —dijo él tratando de no sonar desesperado—. Necesito hablar con Mauricio. Es importante.

—Sí, eso ya me lo imagino, tenía once llamadas perdidas tuyas.

—Es una cuestión de vida o muerte.

—¿Es que no te queda ni una pizca de dignidad?

—Tú límitate a darle el recado, ¿quieres? Pídele que me llame. Él tiene mi número.

—Le vendiste, Alberto. Vendiste a tu hermano.

—Sé que tú eres incapaz de entenderlo, pero lo hice por su bien. Y por el de Eduardo. Sólo quería que entendiera que, si a él le ocurría algo, Eduardo quedaría en una situación de desamparo. Y que nos convenía tener el respaldo de los Bersekir. En ese momento yo no sabía que Jacob era un farsante. Me engañó. Pensaba que luchaba por la causa. Pero en cuanto descubrí sus verdaderas intenciones, le puse remedio, ¿o no?

—Siempre me he preguntado si de tanto repetirte tus excusas acabas por creértelas.

—No seas injusta, Sara. Arriesgué mi vida para salvar a mi familia. Las posibilidades de derrotar a Jacob eran mínimas. Pero no dudé en hacerlo.

—Alberto, puede que tú todavía conserves intacta la capacidad de engañarte a ti mismo, pero a nosotros hace tiempo que ya no nos engañas. Cuando fuiste a ver a Mauricio al calabozo en el que le teníais encerrado, reconociste que le habías vendido a cambio de que te hicieran segundo de los Bersekir. Ese mismo día, Jacob te expulsó de la mansión. Eduardo nos lo contó. No hay que ser un genio para deducir lo que pasó. Jacob te utilizó para capturar a Mauricio y, cuando ya no te necesitó, te echó a la calle como a un perro. Sólo por eso salvaste a Mauricio. Para vengarte de Jacob. Si Jacob hubiera cumplido su promesa y te hubiera nombrado segundo de los Bersekir, ahora Mauricio estaría muerto.

—No digas eso.

—Elegiste a Jacob por delante de tu familia. Era una opción. Ahora compórtate como un hombre y asume las consecuencias.

—Por favor, Sara, dile a Mauricio que me llame. Te lo suplico.

—No te llamará. No sé en qué lío te habrás metido esta vez, pero tendrás que apañártelas solo. Adiós, hermano —dijo en tono calmado, y colgó.

Alberto se quedó unos instantes con el móvil pegado a la oreja.

Se sentía devastado por dentro, en gran medida porque ahora sabía que su familia no le iba a dar una última oportunidad, como anhelaba, pero también porque Sara tenía razón. Él nunca había pretendido hacerle daño a Mauricio. No de forma consciente. Pero si Jacob hubiera cumplido su promesa de hacerle segundo de los Bersekir, él no se habría puesto a investigarle. Y, de no haber descubierto a tiempo que era un impostor, jamás habría conseguido detener sus planes para asesinar a Mauricio. Había puesto en peligro a toda su familia y había conseguido convencerse a sí mismo de que los había salvado.

Era un ser patético.

Se guardó el móvil y se metió en el Tucán, el bar que le quedaba más a mano. Había estado allí en un par de ocasiones. Era un antro oscuro, donde se reunía lo peor del barrio. Al entrar, todos los clientes se callaron de golpe y le miraron. Alberto comprendió enseguida el motivo. Allí llamaba demasiado la atención. Iba vestido con uno de sus trajes más elegantes, llevaba un corte de pelo impecable y lucía el

moreno que había acumulado por las playas de medio mundo. Para aquellos hombres representaba lo que más aborrecían de la sociedad. Supo que, si quería evitar problemas, le convenía ir a otro sitio. Pero él no quería evitar problemas. Pidió un whisky doble sin hielo y ocupó la única mesa libre. Se acababa de sentar cuando tres individuos entraron en el Tucán. Uno le examinó con abierta hostilidad. Alberto no se dejó intimidar y le mantuvo la mirada, mientras el tipo se dirigía hacia la barra con sus amigos. Lo conocía de vista. Era un delincuente de medio pelo al que apodaban el Grillo.

Alberto pasó diez buenos minutos con la vista clavada en la mesa sin tocar su whisky. Dos fuerzas opuestas luchaban en su interior. Una le impulsaba a beber. Alberto calculaba que como mucho podría aguantar un par de semanas antes de hundirse en el profundo pozo de la depresión. La perspectiva le producía tal terror que se sentía tentado de precipitar la caída. Eso sabía cómo hacerlo. Era fácil. Bastaba con emborracharse hasta la inconsciencia. Lo demás llegaría por sí solo.

Pero no se decidía.

La otra fuerza le impelía a mantenerse sereno y seguir luchando hasta agotar todas sus posibilidades. Todavía había una esperanza. Si encontraba algo que le llenara, podría evitar caer en la depresión. El problema era que Alberto llevaba toda la vida buscando ese algo en vano, y era muy improbable que lo fuera a encontrar en los próximos días. Sólo un milagro podía salvarle. Y él sabía por experiencia que los milagros no existían.

Miró hacia su vaso de whisky: el árbitro de su

lucha de fuerzas. Lo sujetó entre sus dedos con fuerza, y lo soltó sin haber bebido. El impulso de aguantar sereno iba perdiendo fuelle, pero seguía siendo poderoso.

Fue al lavabo.

Se refrescó la cara con agua fría y se miró en el espejo. Su imagen le hizo sonreír. Con ese peinado, ese moreno y su blanquísima dentadura parecía un auténtico imbécil. No era nada extraño que aquella japonesa se hubiera llevado su reloj. Él mismo no hubiera dudado en robarle a un tipo con un aspecto así. Lo raro era que no le hubiera quitado también la cartera. De pronto, rió. Acababa de comprender que no había ninguna decisión que tomar. Había entrado en ese bar a emborracharse, y eso era lo que iba a hacer. Lo de resistir no era más que un numerito que se dedicaba a sí mismo para guardar las apariencias. Buscó algo para secarse las manos. No había ni toalla ni papel de váter, así que se las frotó contra los pantalones.

Volvió al bar. La sonrisa que todavía se dibujaba en su rostro se le congeló de golpe. Los tres tipos que habían entrado en el local poco después que él habían ocupado su mesa. El que se apodaba Grillo estaba sentado de cara a él, pero no le miraba, charlaba con sus amigos en actitud conspirativa. El vaso de whisky de Alberto estaba ahora sobre la barra. Alberto se quedó quieto en medio del local sin saber qué hacer. Siempre que le trataban de forma abusiva, le volvían a la cabeza todas las humillaciones que había sufrido de niño y se quedaba paralizado. Nunca había aprendido a manejarse en aquellas situaciones, pero sabía que tenía que hacer algo. Lo que fuera. Si dejaba pa-

sar aquel atropello, estaría días y días odiándose a sí mismo por su cobardía. Prefería llevarse una paliza.

Caminó hasta la mesa.

—Perdonad —dijo—, ésta es mi mesa. Sólo había ido al lavabo.

Los tres hombres alzaron la vista hacia él.

—No sé de qué hablas —contestó el Grillo.

—Yo estaba sentado aquí.

—Te confundes. Sería otra mesa.

—Era ésta.

—Mira, amigo —dijo el Grillo con impaciencia—, tú estabas en la barra. Ahí está tu copa, ¿la ves? ¿Por qué no te la bebes y dejas de crear problemas?

—Es mi mesa —insistió Alberto apretando los dientes—. Mi americana está en el respaldo de tu silla.

Los dos tipos que acompañaban al Grillo le miraban ahora muy serios.

El Grillo se volvió hacia el respaldo de la silla y descubrió la americana. Era de un color muy parecido al de la silla y no había reparado en ella al sentarse. La cogió y la alzó en el aire, sujetándola con dos dedos por el cuello.

—Yo no veo ninguna americana —dijo—. ¿No te referirás a ésa que está en el suelo?

El Grillo sonrió, hizo que la americana se balanceara en la punta de sus dedos y la dejó caer al suelo. Alberto se puso del color de la grana. Los tres tipos esperaban su reacción. Uno agarraba con fuerza su cerveza por el cuello. Alberto supo que recibiría un botellazo en cuanto saltara sobre el Grillo y que después le molerían a patadas en el suelo, pero ya no había vuelta atrás. Aquella ofensa no podía

quedar sin respuesta. Aunque lo mataran. En el bar todos guardaban silencio. Alberto miró hacia su americana. Sólo fue un gesto para retrasar unos instantes lo inevitable. Justo entonces, mientras cerraba el puño, le llegó la revelación. Fue como un estallido de luz. Una explosión de luz diáfana que se apoderó hasta del último rincón de aquel local. Relajó el puño y rió. Su ira había desaparecido.

—Tienes razón —dijo—, aquí estaba.

Los tres tipos vigilaban ahora a Alberto con absoluta desconfianza. No entendían qué estaba pasando, pero sabían que aquella reacción era demasiado sospechosa. Uno se metió la mano en el bolsillo de su cazadora. Alberto recogió la americana sin hacer gestos bruscos, le sacudió el polvo muy sonriente y fue a la barra. Pagó su whisky y lo que habían tomado el Grillo y sus dos amigos. Antes de salir del Tucán, se disculpó con ellos por las molestias que les había causado. Mientras salía a la calle oyó una carcajada a su espalda y un cosquilleo de placer le recorrió la columna vertebral.

Se alejó calle abajo. Estaba exultante. Al final, iba a resultar que los milagros sí que existían. En el momento que más perdido se sentía, en el que se veía al borde del precipicio, se le abrió aquella puerta de par en par. La solución siempre había estado allí, delante de sus ojos y tan a mano. ¿Cómo era posible que no se hubiera dado cuenta antes? Aceleró el paso. No veía el momento de ponerse al trabajo.



Mauricio sacó la cafetera del fuego y se reunió con Sara en el porche de la cabaña en la que ya llevaba viviendo cinco meses con su hijo. Era una cabaña grande y bien acondicionada, situada en medio del bosque. Estaban a principios de octubre y empezaba a hacer frío. Eduardo cortaba leña frente al pequeño cobertizo, a una veintena de metros. Descargaba golpes furiosos con el hacha y el chasquido les llegaba nítido, cortando el aire. A espaldas del chico había una enorme pila de leña. Sara llevaba un rato observándole con preocupación.

—¿No me habías dicho que desde que había empezado el curso lo llevaba mejor? —le comentó a su hermano.

—Y así era —dijo Mauricio mientras acababa de servir el café—. Pero desde hace unos días le ha dado por culparme de la muerte de Marga.

—¿La muerte de Marga?

—Sí, dice que fue una estupidez romperle el corazón para darle una oportunidad de ser feliz lejos de mí, que lo único que conseguí fue hacerla desgra-